

con la autoridad de la cosa juzgada el derecho hereditario, que atacó rudamente en otros tiempos con frases *sansimonianas*. Y esta conducta ilógica tiene su origen y autoridad en ese cambio de frente por parte de muchas gentes, que en nuestras últimas evoluciones políticas han obrado lo mismo que Raúl.

En los Jardies, diciembre de 1838.

MEMORIAS

DE

DOS JÓVENES CASADAS

Á JORGE SAND

Esto, querido Jorge, no dará brillo ninguno á su nombre, que protegerá á este libro con su mágico reflejo; pero, por mi parte, no hay en ello cálculo ni modestia. Deseo hacer pública la amistad verdadera que ha existido entre nosotros á través de nuestros viajes y ausencias, y á pesar de nuestros trabajos y de las maldades del mundo. Este sentimiento sin duda no se alterará nunca. El cortejo de nombres de amigos que ha de acompañar á mis composiciones, aliviará algo las penas que me causa el número de éstas, que no sin dolor son muestra de los reproches que me ha valido mi amenazadora fecundidad, como si el mundo que veo ante mis ojos no fuese infinitamente más fecundo. Jorge ¿no será cosa hermosa el que llegue un día en que el anticuario de las literaturas destruidas no encuentre en este cortejo más que nombres grandes, corazones nobles, amistades puras y santas, y las glorias de este siglo? ¿No tengo yo motivo para mostrarme más orgulloso de esta dicha segura que de éxitos siempre contestables? Para el que le conoce á usted bien ¿no es una dicha poder decirse, como yo me digo,

Vuestro amigo,

DE BALZAC?

Paris, junio de 1840.

PRIMERA PARTE

I

Á la señorita Renato de Maucombe

Paris, septiembre.

Corcita mía ¡yo también estoy fuera! Y si tú no me has escrito á Blois, yo soy también la primera en estar en nuestro hermoso punto señalado para dirigirnos mutuamente la correspondencia. Levanta tus hermosos ojos negros fijos en mi primera frase, y guarda tu exclamación para la carta en que he de confiarte mi primer amor. Siempre se habla de un primer

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APR 12 1925 MONTERREY, MEXICO
FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APR 12 1925 MONTERREY, MEXICO

amor; ¿existe, acaso, otro segundo? ¡Cállate! me dirás; dime antes, me preguntarás ¿cómo has salido de ese convento en que tenías que profesar? Querida mía, ocurra lo que quiera á las Carmelitas, es lo cierto que mi libertad ha sido la cosa más natural. Los gritos de una conciencia asustada acabaron por poder más que las órdenes de una política inflexible; eso es todo. Mi tía, que no quería verme morir por consunción, logró convencer á mi madre, la cual prescribía siempre el noviciado como único remedio para mi enfermedad. La negra melancolía que se apoderó de mí después de tu partida, anticipó el feliz desenlace. Y estoy en París, y te debo en parte esta dicha. Renato mía, si me hubieras podido ver el día que me encontré sin ti, hubieras estado orgullosa de haber inspirado sentimientos tan profundos á un corazón tan joven. Hemos soñado tanto juntas, hemos desplegado de tal modo nuestras alas y hemos hecho tanto tiempo vida común, que creo que nuestras almas están soldadas una á otra como lo estaban las de aquellas dos muchachas húngaras cuya muerte nos contó el señor Beauvisage (1), que, á decir verdad, no tenía nada de lo que expresa su apellido. Jamás médico alguno de convento fué mejor escogido. ¿No estuviste tú enferma al mismo tiempo que tu amiguita? En el mustio abatimiento que se apoderó de mí, no podía menos de reconocer uno á uno los lazos que nos unen; los creí rotos por la distancia, sentí despegarse por la vida como una tortolita desaparejada, encontraba agradable la muerte, é iba muriéndome poco á poco. Estar sola en las Carmelitas, en Blois, ser presa del temor de tener que hacer allí mi profesión sin que me precediesen la señorita de la Valliere y mi Renato, era una enfermedad, y una enfermedad mortal. Aquella vida monótona, en que cada hora recuerda un deber, una oración ó un trabajo, que son siempre idénticos, hasta el punto que en cualquier sitio se puede decir á todas horas lo que hace una carmelita en tal ó cual momento del día ó de la noche; esta horrible existencia en que es indiferente que las cosas que nos rodean sean ó no sean, había llegado á ser para nosotras la más distraída; el vuelo de nuestra mente no conocía límites, la fantasía nos había dado la llave de sus reinos, éramos alternativamente una para otra un encantador hipógrifo, la más alerta desper-

(1) Beauvisage significa *cara hermosa*, pues se compone del adjetivo *beau*, hermoso, y del sustantivo *visage*, rostro ó cara.—(N. del T.)

taba á la más dormida, y nuestras almas jugueteaban á porfía apoderándose de ese mundo que nos estaba prohibido. Todo, hasta la vida de los santos, nos ayudaba á comprender las cosas más escondidas. El día en que me vi privada de tu grata compañía, pasé á ser lo que es una carmelita á nuestros ojos, una Danaide moderna que, en lugar de procurar llenar un tonel sin fondo, saca todos los días, de no sé qué pozo, un cubo vacío, esperando sacarlo lleno. Mi tía ignoraba nuestra vida interior, y ella, que se ha creado un mundo celeste con las dos fanegas de tierra de su convento, no se explicaba mi horror á la vida. Para ser abrazada á nuestra edad, la vida religiosa exige una excesiva sencillez de que nosotras carecemos, querida mía, ó el ardor de la abnegación que hace sublime á mi tía. Ésta se ha sacrificado por mi hermano adorado; pero ¿quién puede sacrificarse por desconocidas ó por meras ideas?

Pronto hará quince días que tengo tan locas palabras que se me pudren en el cerebro, tantas meditaciones encerradas en el corazón, tantas observaciones que comunicar y tantos relatos que hacer, de los que tú sólo puedes ser confidente, que sin el recurso de esta correspondencia, que sustituye á nuestras gratas charlas, me ahogaría. ¡Cuán necesaria nos es la vida del corazón! Empiezo mi periódico esta mañana, imaginándome que el tuyo ha comenzado ya, y que dentro de pocos días vivirá en el fondo de tu hermoso valle de Gémenos, como tú vas á vivir en París, al que sólo conoces por lo que juntas hemos soñado con él.

Ahora bien, hijita mía, en una hermosa mañana que quedará marcada con una cinta de color rosa en el libro de mi vida, llegaron de París una señorita de compañía y Felipe, el último camarero de mi abuela, con encargo de llevarme consigo. Cuando, después de habermè llamado á su cuarto, me comunicó mi tía esta noticia, la alegría me cortó la palabra, y quedé mirándola con aire alelado.

—Hija mía—me dijo con su voz gutural,—veo que me dejas sin pesar, pero este adiós no es el último; volveremos á vernos. Dios ha colocado en tu frente el signo de los elegidos, y posees el orgullo que lo mismo conduce al cielo que al infierno; sin embargo, ¡eres demasiado noble para descender! Te conozco mejor de lo que te conoces tú misma, y la pasión no será en ti lo que es en las mujeres ordinarias.

Y atrayéndome dulcemente hacia sí, me besó en la frente, haciéndome sentir aquel ardor que la devora, que ha ennegre-

cido el azul de sus ojos, que ha arrugado sus párpados y sus sienes, y que ha puesto amarillo su rostro. Al sentir su contacto, púsoseme carne de gallina, y la besé las manos antes de dirigirle las siguientes palabras:

—Querida tía, si sus adorables bondades de usted no han bastado para que yo juzgase su Paracleto (1), salubre para el cuerpo y grato para el corazón, he de derramar tantas lágrimas antes de volver á él, que estoy segura que nunca deseara usted mi vuelta. No quiero volver aquí, á no ser después de haber sido engañada por mi Luis XIV, y si llego á coger uno, sólo la muerte podrá arrancármelo. No tendré miedo ninguno á las Montespán.

—Ande usted de aquí, locuela—me dijo sonriendo;—no deje usted aquí esas ideas vanas, y sepa que es usted más Montespán que la Valliere.

La besé. La pobre mujer no pudo resistir al deseo de acompañarme al coche, donde sus ojos se fijaron alternativamente en mí y en el escudo de armas de mi casa paterna.

Sorprendiome la noche en Beaugency, sumergida en el embotamiento moral que me había producido este singular adiós. ¿Qué voy á encontrar, pues, en este mundo tan vehementemente deseado? En primer lugar, no encontré á nadie para recibirme, y los entusiasmos de mi corazón se perdieron; mi madre estaba en el bosque de Boloña y mi padre en el Consejo; según me dijeron, mi hermano, el duque de Rethoré, no viene nunca hasta un momento antes de comer que aprovecha para vestirse. La señorita Griffith (2) (te advierto que tiene garras) y Felipe me acompañaron á mi habitación.

Esta habitación es la de aquella abuela tan amada, la princesa de Vauremont, á quien debo una pequeña fortuna, y de la que nadie me ha hablado. Al llegar aquí, estoy segura de que participarás de la tristeza que se apoderó de mí al entrar en este lugar consagrado por mis recuerdos. ¡La habitación estaba como ella la había dejado y yo iba á acostarme en el lecho que ella murió! Sentada en el borde de su sofá, lloré sin ver que no estaba sola, y me acordé de que muchas

(2) Nombre de un monasterio de mujeres fundado á 7 kilómetros de Nogent-sur-Seine por Abailard, el cual confió su dirección á Eloisa.—(N. del T.)

(1) Para entender la gracia que encierra el paréntesis, es preciso observar que *griffes*, en francés, significa garras.—(N. del T.)

veces me había puesto sobre sus rodillas para escucharla mejor. Desde allí había visto su rostro medio oculto por los encajes, y demacrado tanto por la edad como por los dolores de la agonía. Este cuarto me parecía aún tibio con el calor que la muerta desprendía. ¿Por qué circunstancia la señorita Armanda Luisa María de Chaulieu se ve obligada, como una aldeana, á acostarse en el lecho de su madre, casi en el mismo día de su muerte? porque me parecía que la princesa, muerta en 1817, había expirado la víspera. Este cuarto me ofrecía cosas que no debían encontrarse allí y que probaban cuán descuidadas se muestran las gentes ocupadas en los asuntos del reino para los suyos propios, y cuán poco se había pensado, una vez muerta, en aquella noble mujer, que será una de las figuras más grandes del siglo XVIII. Felipe comprendió casi el origen de mis lágrimas, y me dijo que la princesa me había legado sus muebles en su testamento. Por otra parte, añadió que mi padre había dejado las grandes habitaciones en el mismo estado en que las dejó la Revolución. Entonces me levanté, Felipe me abrió la puerta del saloncito que da á la sala de recepción, y lo encontré en el mal estado en que yo lo había conocido ya; la parte superior de las puertas que contenían preciosos cuadros, están ahora desnudas; los mármoles están rotos y los espejos quitados. Antaño, sentía miedo al subir por la gran escalera y al atravesar la vasta soledad de estas espaciosas salas, y me iba á la habitación de la princesa por una escalerita que existe debajo de la bóveda de la escalera grande, la cual escalerita conducía á la puerta oculta de su gabinete tocador.

La habitación, compuesta de un salón, de un dormitorio y de aquel bonito gabinete tapizado de encarnado y oro de que te he hablado, ocupa el pabellón de la parte de los Inválidos. El palacio sólo está separado del bulevard por una pared cubierta de plantas trepadoras, y por una magnífica calle de árboles que mezclan las ramas de sus copas con las de los olmos del paseo de árboles del bulevard. Sin la cúpula de color oro y azul, y sin las masas grisáceas del edificio de los Inválidos, creería una estar en un bosque. El estilo de estas tres piezas y su posición, anuncian claramente que fueron la residencia habitual de las duquesas de Chaulieu, y que el de los duques debe encontrarse en el pabellón opuesto; ambos están decentemente separados por dos cuerpos del edificio y por el pabellón de la fachada, donde están esos grandes salones oscuros

y sonoros que Felipe me enseñaba despojados aún de su esplendor y tal como los había visto en mi infancia. Al ver el asombro pintado en mi cara, Felipe tomó cierto aire de circunspección. Querida mía, en esta casa diplomática, todos los criados son discretos y misteriosos. Entonces me dijo que se esperaba una ley por la cual se ha de devolver á los emigrados el valor de sus bienes, y mi padre aplaza la restauración de su palacio hasta el momento de esta restitución. El arquitecto del rey valoró los bienes en trescientos mil francos. Esta confidencia dió por resultado el que yo me dejase caer sobre el sofá de mi salón. ¡Cómo! ¿en lugar de emplear mi padre esta suma en casarme, me dejaba morir en el convento? He aquí la reflexión que me hice en el dintel de esta puerta. ¡Ah! Renato ¡cuánto me he acordado de ti, y cuánto recuerdo los días en que mi abuela animaba estas dos habitaciones! Ella, que no existe más que en mi corazón, y tú, que estás en Maucombe, á doscientas leguas de mí, sois los dos únicos seres que me amaron ó me han amado. Aquella querida anciana de joven mirada, quería despertarse á mi voz. ¡Como nos entendíamos! El recuerdo cambió de pronto las primeras impresiones que recibí. Encontré un no sé qué santo en lo que acababa de parecerme una profanación. Me pareció grato respirar el vago olor á polvo que subsistía allí, y grato el dormir bajo la protección de aquellas cortinas de damasco amarillo con dibujos blancos, donde sus miradas y su aliento debieron dejar algo de su alma. Mandé á Felipe que limpiase aquellos mismos objetos, y que diese á aquellas estancias la vida propia para ser habitadas. Yo misma le indiqué la manera cómo había de disponerlo, y señalé á cada mueble su sitio. Pasé revista á todo, tomando posesión de ello, y busqué el medio de rejuvenecer estas antigüedades que tanto amo. El dormitorio está pintado de blanco, aunque un poco obscurecido por el tiempo, del mismo modo que los arabescos de color dorado muestran en algunos lugares tintes rojizos; pero estos efectos están en armonía con los colores pasados de la alfombra, que fué regalada á mi abuela por Luis XV, lo mismo que su retrato. El reloj es un regalo del marqués de Sajonia. Las porcelanas de la chimenea provienen del mariscal de Richelieu. El retrato de mi abuela, hecho hace ya veinticinco años, tiene un marco ovalado y está enfrente del rey. El del príncipe no se encuentra aquí. Me agrada este olvido franco y sin hipocresía, que pinta con un solo rasgo este delicioso carácter. Durante

una gran enfermedad que sufrió mi tía, su confesor insistía para que el príncipe, que esperaba en el salón, entrase.

—Con el médico y sus practicantes—dijo ella.

El lecho es de pabellón con la cabecera almohadillada, y las cortinas que lo cubren caen formando anchos y hermosos pliegues; los muebles son de madera dorada, tapizados con ese damasco amarillo con flores blancas, y son de igual tela las cortinas de las ventanas, que están forradas de ese raso blanco que parece muaré. La parte superior de las puertas está pintada no sé por quién, pero representa una salida de sol y un claro de luna. La chimenea es de extraordinario gusto. Se conoce que en el siglo pasado se vivía mucho al amor del fuego. Allí pasaban grandes acontecimientos: el hogar, de cobre dorado, es una maravilla de escultura; las jambas y el dintel están admirablemente acabadas; la pala y las tenazas ostentan un primoroso trabajo, y el fuelle es una verdadera alhaja. La tela de los abanicos de la chimenea proviene de los Gobelinos, y su armazón es exquisita. Las extravagantes figuras que corren á lo largo de la base y de las barras de apoyo son encantadoras; todo está trabajado como si fuese un abanico de lujo. ¿Quién le había dado este hermoso mueble que ella amaba tanto? Quisiera saberlo. Cuántas veces la he visto con los pies sobre la barra, sumida en su poltrona, con la saya medio levantada hasta las rodillas, cogiendo, dejando y volviendo á coger su tabaquera de sobre la mesa, entre su caja de pastillas y sus mitones de seda. ¡Era muy coqueta! Hasta el día de su muerte cuidó de su persona como si se encontrase al día siguiente de aquel en que se hizo este hermoso retrato y como si esperase la flor de la corte que se apiñaba en torno de ella. Esta poltrona me recuerda el imitable movimiento que imprimía á sus faldas al sentarse. Estas mujeres de antaño se llevan consigo ciertos secretos que pintan su época. La princesa tenía movimientos de cabeza, una manera de decir y de mirar y un lenguaje particular que yo no he observado en mi madre: había en ellos astucia é ingenuidad, y arte sin afectación; su conversación era prolija al par que lacónica, narraba bien y describía en tres palabras. Tenía sobre todo esa excesiva libertad de juicio que indudablemente ha influido en la manera de ser de mi alma. De siete á diez años, viví en su regazo, y gustábale tanto el tenerme á su lado como á mí el estar con ella. Esta predilección ha sido causa de más de una disputa entre ella y mi madre, que no tenía en cuenta que

nada aviva tanto un sentimiento como el viento helado de la persecución. Con qué gracia me decía: «¿Ya estás aquí, mas-carita, mía?» cuando el demonio de la curiosidad me prestaba maña para llegar sin sentir hasta ella. Ella conocía que yo la amaba, y gustaba de mi sencillo amor, que pasaba á ser una especie de rayo de sol en medio de su invierno. No sé lo que pasaba en su habitación por la noche, pero sí sé que la visitaba mucha gente, porque cuando iba por las mañanas de puntillas á saber si estaba ya despierta, veía los muebles de su salón desordenados, las mesas de juego extendidas, y muchas puntas de cigarro en los rincones. Este salón es del mismo estilo que el dormitorio: los muebles están admirablemente contorneados y trabajados. Guirnaldas de flores ricamente esculpidas y de un hermoso carácter, serpentean á través de los espejos, y descienden á lo largo en festones. Sobre las consolas se ven hermosísimos objetos de la China. El fondo del mueblaje es de un color de plomo y blanco. Mi abuela era una morena altiva y picante, y el color de su tez se adivina por la elección de los colores. En este salón he vuelto á encontrar una mesa de escritorio, cuyas figuras distrajeron mucho á mis ojos en otro tiempo: está chapeada con plata cincelada, y le fué regalada por un tal Lomellini de Génova. Cada lado de esta mesa representa las ocupaciones de cada estación; los personajes son de relieve y los hay á centenares en cada cuadro. He permanecido dos horas sola, repasando uno á uno mis recuerdos en el santuario en que expiró una de las mujeres de la corte de Luis XV más célebres por su talento y por su belleza. Ya sabes como, en 1816, me separaron bruscamente de ella de la noche á la mañana.

—Vaya usted á decir adiós á su abuela—me dijo mi madre.

Cuando di cumplimiento á esta orden, encontré á la princesa insensible en apariencia y sin manifestar sorpresa alguna por mi marcha. Me recibió como de ordinario.

—Hermosa mía, te vas al convento—me dijo,—allí verás á tu tía, que es una excelente mujer. Yo cuidaré de que no estés sacrificada y de que seas independiente, hasta para casarte, si así lo desearas.

Murió seis meses después, habiendo entregado su testamento al más asíduo de sus antiguos amigos, al príncipe de Talleyrand, el cual, haciendo una visita á la señorita de Charbeuf, halló el medio de hacerme saber por ésta que mi abuela me prohibía pronunciar votos. Confío en que tarde ó

temprano encontraré al príncipe y lograré saber por él lo demás. De modo que, corcita mía, si no he encontrado á nadie para recibirme, me consolé con la sombra de la querida princesa, y me ha puesto en disposición de cumplir uno de nuestros convenios, que es, como recordarás, el iniciarnos mutuamente en los más insignificantes detalles de nuestra casa y de nuestra vida. ¡Es tan agradable saber el cómo y dónde vive el ser que nos es querido! Descríbeme bien las menores cosas que te rodean, en fin, todo, hasta los efectos que hace la puesta del sol en los grandes árboles.

10 de octubre.

Llegué á las tres de la tarde. A eso de las cinco y media vino Rosa á decirme que mi madre había vuelto, y bajé para saludarla. Mi madre ocupa en el piso bajo una habitación dispuesta como la mía y en el mismo pabellón. Estoy encima de ella y tenemos la misma escalera oculta. Mi padre ocupa el pabellón opuesto; pero como de la parte del patio existe además el espacio que ocupa en nuestra habitación la gran escalera, la suya es mucho más espaciosa que las nuestras. A pesar de los deberes de la posición que la vuelta de los Borbones les ha reintegrado, son tan grandes las casas de nuestros antepasados, que mi padre y mi madre continúan habitando el piso bajo y pueden recibir en él. Encontré á mi madre en su salón, donde nada ha cambiado. Estaba ya vestida. De ese salón en escalón, me iba preguntando cómo me recibiría esta mujer, que ha sido tan poco madre y que, en ocho años, sólo me ha escrito las dos cartas que tú conoces. Pensando que era indigno de mí el fingir una ternura imposible, fuí preparándome para entrar en actitud de religiosa idiota, y cuando estuve en su presencia estaba verdaderamente azorada. Este azoramiento se dispó bien pronto. Mi madre se mostró amabilísima; no dió muestras de falsa ternura, no estubo fría, no me ha tratado como á extraña, ni me ha puesto en su seno como á una hija amada; me ha recibido como si me hubiese visto la víspera, ha sido para mí la más grata y la más sincera amiga, me ha hablado como á una mujer hecha, y, ante todo, me besó en la frente.

—Querida mía, si se ha de morir usted en el convento, vale más que viva usted con nosotros—me dijo.—Destruye usted los proyectos de su padre y los míos, pero ya no estamos en

los tiempos en que los padres eran ciegamente obedecidos. La intención del señor de Chaulieu, que está en un todo de acuerdo con la mía, es no perdonar nada para hacerle á usted la vida agradable y para dejarle ver el mundo. A su edad, yo hubiera pensado como usted; así es que no le guardo rencor alguno; usted no puede comprender lo que nosotros le pedíamos. Nunca encontrará usted en mí una severidad ridícula. Si alguna vez desconfió usted de mi corazón, muy pronto comprenderá que se ha engañado. Aunque yo desee dejar á usted en completa libertad, creo que, en los primeros momentos, haría usted bien en escuchar los consejos de una madre, que ha de conducirse con usted como si fuese una hermana.

La duquesa hablaba con cariño y arreglaba mi pelerina de colegiala. Me ha seducido. Tiene treinta y ocho años y es hermosa como un ángel; tiene unos ojos de un hermoso azul oscuro, unas pestañas que parecen de seda, frente sin arrugas, tez tan blanca y rosácea que cualquiera creería que se pinta, una espalda y un pecho asombrosos, un talle esbelto y delgado como el tuyo, una mano de rara belleza, y es blanca como la leche; las uñas son tan finas, que la luz penetra á través de ellas; el dedo meñique está un poquito separado de los otros dedos, y el pulgar parece hecho de marfil; finalmente, tiene el pie como la mano, un pie español como la señorita de Vandenesse. Si es así á los cuarenta años, creo que se conservará aún hermosa á los sesenta. A sus palabras, corcita mía, contesté como hija sumisa. He sido para ella lo que ella fué para mí, mejor dicho, yo estuve más amable porque su belleza me cautivó, y le he perdonado su abandono, comprendiendo que una mujer como ella se había visto arrastrada por su papel de reina. He hablado con ella con tanta sencillez como si lo hiciese contigo. Es fácil que ella no se esperase ver salir de mis labios frases tan cariñosas. Los sinceros homenajes de mi admiración la conmovieron infinitamente; sus modales cambiaron, se mostró más amable aún, y dejó de tratarme de usted.

—Eres una buena hija, y espero que seremos amigos.

Esta frase me pareció adorablemente sencilla. No quise hacerle ver la manera cómo la tomaba, porque comprendí en seguida que debo dejarle creer que es mucho más astuta é inteligente que su hija. Me hice, pues, la tonta, y ha quedado enamorada de mí. Le besé las manos varias veces, diciéndole que me consideraba muy feliz con que obrase así conmigo, que

estaba muy contenta, y hasta llegué á confiarle mis terrores. Ella se sonrió, me cogió por el cuello para acercarme á sí, y me besó en la frente, haciendo al mismo tiempo un gesto de ternura.

—Querida hija—me dijo,—hoy tenemos gente á comer, y acaso piense usted como yo que es mejor, para que usted haga su entrada en el mundo, esperar á que la costurera tenga hechos los trajes; así es que, después de haber saludado á su padre y á su hermano, vuelva usted á subir á sus habitaciones.

A lo cual accedí yo de buena gana. La elegancia y el encantador tocado de mi madre era la primera revelación de este mundo visto en sueños; pero no sentí el menor movimiento de envidia. Mi padre se presentó.

—Caballero, aquí tiene usted á su hija—le dijo la duquesa.

Mi padre tomó inmediatamente los modales más afectuosos y desempeñó tan bien su papel de padre, que llegué á creerle dotado de corazón.

—¿Ya está usted aquí, hija rebelde?—me dijo tomándome ambas manos y besándomelas con más galantería que amor paterno.

Y me atrajo hacia sí, me tomó por el talle y me estrechó para besarme en los carrillos y en la frente.

—Reparará usted la pena que nos causa su cambio de vocación con el placer que nos ha de ocasionar su éxito en el mundo.—¿Sabe usted, señora—dijo dirigiéndose á mi madre,—que me parece que nuestra hija va á ser muy bonita y que algún día podrá usted mostrarse orgullosa de ello?—Aquí tiene usted á su hermano Rethoré—repuso mirándome á mí.—Alfonso—dijo á un hermoso joven que acababa de entrar—he aquí á su hermana la religiosa, que acaba de colgar los hábitos.

Mi hermano se aproximó á mí sin darse gran prisa, me cogió la mano y me la estrechó.

—Bésala—le dijo el duque.

Y entonces me besó en ambos carrillos.

—Hermana mía, siento un gran placer en ver á usted—me dijo,—y apoyo su determinación en contra de mi padre.

Le di las gracias; pero me parece que bien podía haber venido á Blois, cuando iba á Orleans para ver á nuestro hermano el marqués, de guarnición allí. Me retiré temiendo que llegasen visitas. Hice algunos arreglos en mi habitación, y puse sobre el terciopelo color de plomo de la hermosa mesa todo lo que necesitaba para escribirte, pensando en mi nueva posición.

Así fué, corcita blanca mía, como pasaron las cosas á la vuelta de una joven de diez y ocho años, después de una ausencia de nueve, al hogar de una de las familias más ilustres del reino. El viaje y las emociones de esta vuelta á la familia me habían fatigado, y me acosté como en el convento, á las ocho, después de haber cenado. Se conserva aquí hasta un pequeño cubierto de porcelana de Sajonia que aquella querida princesa guardaba para comer sola en su habitación, cuando así se le antojaba.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. CENTRAL
"ALFONSO REYES"
CALLE 1005 MONTERREY, MEXICO

II

La misma á la misma

25 de noviembre.

Al día siguiente encontré mis habitaciones puestas en orden y arregladas por el anciano Felipe, que había colocado flores en los floreros. Por fin, me instalé en ellas. Únicamente que nadie había pensado en que una colegiala de las Carmelitas siente el hambre muy temprano, y Rosa se vió muy apurada para hacerme el almuerzo.

—La señorita se ha acostado á la hora en que se ha servido la comida, y se levanta en el momento en que monseñor acaba de entrar.

Me puse á escribir. A eso de la una, mi padre llamó á la puerta de mi saloncito, preguntó si podía recibirle, yo misma fuí á abrirle la puerta, entró y me encontré escribiéndote.

—Querida mía, tiene usted que vestirse y arreglarse, y, para este objeto, encontrará en esa bolsa doce mil francos. Esto es un año de rentas que le concedo para sus gastos. Se entenderá con su madre para tomar una dama de compañía que le convenga, si miss Griffith no le agrada; porque la señora de Chaulieu no tendrá tiempo para acompañarla por la mañana. Tendrá usted también á sus órdenes un coche y un criado.

—Déjeme usted á Felipe—le dije.

—Está bien—me respondió.—No pase usted cuidado ninguno; su fortuna es bastante considerable para no tener que pesar sobre su madre ni sobre mí.

—¿Sería indiscreta si preguntase á usted cuál es mi fortuna?

—De ningún modo, hija mía—me dijo;—su abuela le ha dejado quinientos mil francos, que eran sus economías, pues no ha querido privar á su familia ni de un pedazo de tierra. Esta suma ha sido colocada en papel del Estado. La acumulación de intereses produce hoy unos cuarenta mil francos de renta; yo quería emplear esta suma para constituir la fortuna de su segundo hermano; así es que usted destruye por completo mis proyectos; pero acaso más tarde acceda á ellos. Yo lo espero todo de usted misma. Me parece usted más razonable de lo que yo creía. No necesito decirle cómo debe portarse una señorita de Chaulieu, porque la arrogancia pintada en sus facciones me parece la mayor garantía. En nuestra casa, las precauciones que toman las gentes insignificantes para guardar á sus hijas, nos parecen injuriosas. Un insulto que cualquiera se atreviese á dirigir á usted, podría costarle la vida á uno de sus hermanos, si el cielo se mostrase injusto. No le digo á usted nada más respecto á este punto. Adiós, hijita mía.

Me besó en la frente y se fué. Después de una perseverancia de nueve años, no me explico el abandono de este plan. Mi padre se ha mostrado á mis ojos con una franqueza que me agrada mucho. No hay en sus palabras ninguna ambigüedad. Mi fortuna tenía que ser para su hijo el marqués. ¿Quién ha sido el que se ha compadecido de mí? ¿habrá sido mi madre? ¿mi padre? ¿mi hermano?

Permanecí sentada en el sofá de mi abuela, con los ojos fijos en la bolsa que mi padre había dejado encima de la chimenea, satisfecha y descontenta á la vez de esta atención que mi pensamiento prestaba al dinero. Verdad es que no tengo que pensar más en ello; mis dudas se han esclarecido, y no deja de haber algo de digno en ahorrarme todo sufrimiento de orgullo respecto á este punto. Felipe recorrió durante una gran parte del día todos los establecimientos de los comerciantes y obreros que se van á encargar de operar mi metamorfosis. Una célebre modista, una tal Victorina, vino ya, así como una costurera y un zapatero. Estoy impaciente como una niña por saber cómo estaré cuando haya dejado el saco en que nos envolvía el traje conventual; pero todos esos obreros exigen mucho tiempo para terminar sus obras; el sastre de corsés pide ocho días para hacerme un corsé que no me estropee el talle. Esto se pone grave; ¿acaso tengo yo talle? Janssen, el zapatero de la Ópera, me ha asegurado que tengo el mismo pie

que mi madre. He pasado toda la mañana entregada á estas serias ocupaciones. Ha venido también un guantero, que me tomó medida de las manos. La costurera ha recibido ya mis órdenes. A la hora de la comida, que era para el resto de la casa la del almuerzo, mi madre me dijo que iríamos juntas á casa de las modistas para comprar los sombreros, á fin de formarme el gusto y de ponerme en disposición de encargar los míos. Estoy tan aturdida de esta especie de independencia como un ciego que hubiese recobrado la vista. Ahora puedo juzgar la diferencia que existe entre una carmelita y una hija del mundo, diferencia que es tan grande, que jamás hubiéramos podido nosotras concebirla. Durante el almuerzo, mi padre estuvo distraído, y nosotros lo dejamos entregado á sus ideas. Es hombre que está en todos los secretos del rey. Yo quedé completamente olvidada, pero espero que ya se acordará de mí, cuando yo le sea necesaria. A pesar de sus cincuenta años, mi padre es un hombre encantador; es esbelto, bien formado, rubio y tiene elegantes y graciosos modales; posee el rostro expresivo y rígido de los diplomáticos, su nariz es delgada y larga, y sus ojos negros. ¡Qué bonita pareja! Cuán singulares pensamientos se me han ocurrido al ver claramente que estos dos seres, igualmente nobles, ricos y superiores, no viven nunca juntos, no tienen de común más que el nombre, y sólo se mantienen unidos á los ojos del mundo. Lo más granado de la corte y de la diplomacia estaba ayer aquí. Dentro de algunos días iré á un baile de la duquesa de Maufrigneuse, y seré presentada en este mundo que tanto deseaba conocer. Todas las mañanas vendrá un maestro de baile á darme lecciones, y, so pena de no ir al baile, tengo que aprender á bailar en un mes. Antes de la comida, vino á verme mi madre para hablarme de la señorita de compañía. Hemos quedado en que conservaré á miss Griffith, que le ha sido cedida por el embajador de Inglaterra. Esta miss es hija de un ministro, está perfectamente educada, su madre era noble, tiene treinta y seis años, y me enseñará el inglés. Miss Griffith es bastante bonita para tener pretensiones; es pobre y orgullosa; es escocesa. Será mi aya y dormirá en el cuarto de Rosa. Ésta estará á las órdenes de miss Griffith. He comprendido inmediatamente que lograré gobernar á mi aya. Hace seis días que estamos juntas, y ha adivinado perfectamente que yo soy la única que puedo interesarme por ella; y yo, por mi parte, á pesar de su actitud de estatua, preveo que ha de ser complaciente conmigo. Me parece una buena muchacha, pero

discreta. Aun no he podido saber nada de lo que han convenido ella y mi madre.

¡Otra noticia que me parece insignificante! Esta mañana, mi padre ha rehusado el ministerio que le han propuesto. De ahí su preocupación de anoche. Ha dicho que prefiere una embajada á los disgustos de las discusiones públicas, y que España le resultaría agradable. He sabido estas noticias en el almuerzo, único momento del día en que mi padre, mi madre y mi hermano se ven con cierta intimidad. En este momento, los criados no se presentan más que cuando se les llama. El resto del tiempo, mi hermano está ausente, lo mismo que mi padre. Mi madre se viste y no está visible más que de dos á cuatro; á las cuatro sale á dar un paseo de una hora; recibe de seis á siete cuando no come fuera de casa, y la noche la emplea en los placeres, como el teatro, los conciertos, el baile, las visitas. En fin, su vida está tan ocupada, que no creo que tenga un cuarto de hora libre. Debe emplear bastantes horas en hacer su tocado de la mañana, porque á las once y media, que es cuando se almuerza, se presenta siempre encantadora. Ahora empiezo á explicarme el ruido que hacen en su habitación; al levantarse, toma un baño casi frío y una taza de café con crelevantarse, toma un baño casi frío y una taza de café con crema, también frío, y después se viste; no está nunca despierta antes de las nueve de la mañana, excepto en días extraordinarios, y en verano da paseos matinales á caballo. A las dos recibe á un joven que aun no he logrado ver. Esta es nuestra vida de familia. No nos encontramos más que en el almuerzo y en la comida, y aun en esta última muchas veces está mi madre sola. Adivino ya que muchas veces me verá en la precisión de comer con miss Griffith en mi habitación, como hacía mi abuela. Mi madre come muchas veces fuera de casa. No me extraña nada el poco cuidado que mi familia se toma por mí. Querida mía, en París es un verdadero heroísmo el amar á la gente que está á nuestro lado, porque frecuentemente no estamos ni con nosotros mismos. ¡Cómo se olvida á los ausentes en esta ciudad! Y, sin embargo, no he puesto aún los pies fuera de casa y no conozco nada. Espero á estar *cepillada* de mis modales antiguos, y á que mi actitud y mis maneras estén en armonía con este mundo cuyo movimiento me asombra, á pesar de que no oigo su ruido más que de lejos. No he salido aun más que al jardín. Los Italianos se abren dentro de algunos días. Mi madre tiene allí un palco. Me enloquece el deseo de oír la música italiana y ver una ópera fran-